

este espectáculo. La muerte es algo más que un salto de arlequín, y las angustias de la agonía peores que la misma muerte.

SPIEGELBERG.—¡Y la explosión del polvorín!... ¿recuerdas tú ahora, Razmann?... así apestaba el aire á azufre hará una hora, como si hubieran puesto á ventilar todo el guardarropa de Moloch. ¡Fué un golpe de maestro, capitán! Te lo envidio, á fe mía.

SCHWEIZER.—Si la ciudad se regocijaba de ver á mi compañero descuartizado como á un cerdo, ¿por el verdugo? ¿habíamos de sentir escrúpulos de sacrificarla por salvarlo? Nuestros camaradas, además, se encontraban con una ocasión favorable para atrapar algo y saquear al viejo Emperador... Pero decid, ¿qué habeis pescado en ese río?

UNO DE LA BANDA.—Yo, en medio de la confusión, me deslicé en la iglesia de San Esteban, y arranqué los galones dorados del paño del altar. Dios todopoderoso, dije, es demasiado rico, y puede convertir en hilos de oro el bramante más despreciable.

SCHWEIZER.—Has hecho bien: ¿qué significa el robo sacrilego? Ofrecen al Creador sus dones, cuando Él se ríe de sus trapos viejos, y dejan que se mueran de hambre sus criaturas. Y tú, Spangeler, ¿en dónde echaste la red?

OTRO DE LA BANDA.—Bugel y yo robamos un almacén de paños, y traemos tela para vestir á cincuenta de los nuestros.

OTRO.—Dos relojes de oro de bolsillo he escamoteado, y además una docena de cucharas de plata.

SCHWEIZER.—¡Bueno, bueno! Y en cambio les dejamos un recuerdo, en cuya extinción han de tardar catorce días. Si quieren acabar con el fuego, es menester que inunden de agua á la ciudad... ¿Sabes acaso, Schusterle, cuántos muertos ha habido?

SCHUSTERLE.—Ochenta y tres, según dicen. El polvorín solo ha matado á sesenta.

MOOR. (Muy formal.)—Roller, caro ha sido tu rescate.

SCHUSTERLE.—¡Bah, bah! ¿y qué importa? Si hubieran sido hombres... pero eran niños en mantillas, envueltos en inmundos harapos; madrejillas pobremente vestidas, que apartaban de ellos las moscas; esqueletos de los que se acurrucan junto al fuego, á quienes se les cierran todas las puertas; enfermos que buscan al médico lamentándose, mientras éste los caza con aire grave... Cuantos tenían buenas piernas habían corrido á ver la comedia, y sólo quedaba en la ciudad la hez de los habitantes para guardar las casas.

MOOR.—¡Pobres gentes! ¿Enfermos, dices tú, ancianos y niños?...

SCHUSTERLE.—Sí, ¡por el diablo! Y además mujeres de parto, y otras fuera de cuenta, que temían abortar presenciando el suplicio; jóvenes casadas, que esquivaban asistir á la obra del verdugo, para que sus hijos futuros no sacasen impresa en sus cuerpos la horca... Poetas miserables sin zapatos por haber dado á remendar los únicos que tenían; y morralla del mismo género, de la cual ni aun acordarnos debemos. Al pasar yo casualmente junto á una casuca, oí dentro gemidos, me asomé á la puerta, y ¿qué era, cuando pude verlo á la luz? Un niño fresco y sano, que yacía en el suelo bajo la mesa al empezar á arder ésta... Pobre animalejo, dije; aquí te hielas, sin duda; y lo arrojé en las llamas...

MOOR.—¿En verdad, Schusterle?... ¡Que esa llama arda en tu pecho eternamente!... ¡Lejos de aquí, monstruo! ¡Que no te vea yo más entre mis compañeros! ¿Murmuráis?... ¿Dudáis? ¿Quién se atreve á dudar cuando yo mando?... ¡Que se vaya de aquí, os digo! Otros hay también entre vosotros que excitan mi enojo. Te conozco, Spiegelberg...

Pero pronto os pasaré revista, y haré un terrible escarmiento. (Todos se van temblando.)

(Moor solo, paseándose agitado.)

¿No los oyes, vengador del cielo?... ¿Qué puedo yo contra esto? ¿Qué puedes tú cuando tu peste, tus hambres, tus inundaciones aniquilan juntamente al justo y al malvado? ¿Quién puede ordenar á la llama que no devaste las mieses de bendición, cuando sólo debía devorar el nido de las abispas... ¡Oh, malditos sean los asesinos de niños!... ¡los asesinos de enfermos! ¡Cómo me atormenta este crimen! Ha emponzoñado mis obras más loables... Ahí está ese niño, que me cubre de rubor y de vergüenza á la faz del cielo... cuando me proponía jugar con la maza de Júpiter, y sólo derriba pigmeos, habiendo de aplastar titanes... ¡Véte, véte! ¡Tú no eres el hombre que has de dirigir la cuchilla rápida de la justicia suprema, porque sucumbes al primer golpe!... Yo abandono mi osado plan; véte, ocúltate en alguna caverna de la tierra, en donde la luz del día no pueda alumbrar tu oprobio. (Hace ademán de huir.)

UN BANDIDO. (Corriendo.)—¡Cuidado, capitán! ¡los fantasmas se presentan!... escuadrones compactos de jinetes bohemios cercan el bosque... algún espía del infierno les ha enseñado nuestro paradero.

OTROS BANDIDOS.—¡Capitán, capitán! ¡Han descubierto nuestra pista... millares de soldados forman un cordón alrededor de nosotros en medio de la selva!

MÁS LADRONES.—¡Ay, ay, ay de nosotros! ¡Nos prenderán, nos atormentarán, nos descuartizarán al cabo! Miles de husares, de dragones y cazadores cubren los cerros y cierran las salidas. (Vase Moor, y vuelven Schweizer, Grimm, Roller, Schwartz, Schusterle, Spiegelberg, Razmann y tropa de bandidos.)

SCHWEIZER.—¡Los hemos obligado á abandonar su descanso? ¡Alégrate, Roller! Mucho he deseado habérmelas con esos jinetes, que comen pan de municion... ¿Y el ca-

pitán?... ¿Están juntos todos los de la banda? Pero ¿tenemos bastante pólvora?

RAZMANN.—Pólvora en abundancia. Pero somos ochenta entre todos; esto es, apénas uno contra veinte.

SCHWEIZER.—¡Tanto mejor! ¡Que sean cincuenta contra mi dedo pulgar!... Tanto tiempo han esperado, para que al fin encendamos la paja, que ha de abrasarles por debajo... ¡Hermano, hermano! ¡Así no hay miedo! ¡No exponen ellos su vida por diez cuartos, y nosotros peleamos por defender nuestra vida y nuestra libertad? Como una inundación caeremos sobre ellos, y como los relámpagos del cielo... Pero, en nombre del diablo, ¿en dónde está el capitán?

SPIEGELBERG.—Nos abandona en este trance mortal. ¿No habrá, pues, medio de escapar?

SCHWEIZER.—¿Escapar?

SPIEGELBERG.—¡Oh, por qué no haberme quedado en Jerusalén!

SCHWEIZER.—¡Ojalá que te ahogaras en una cloaca inmundada! Eres un fanfarrón con monjas desnudas, pero cuando se te presentan dos brazos vigorosos... ¡Cobarde! Pórtale como hombre, ó te cosemos en un saco de piel de jabalí y te echamos á los perros.

RAZMANN.—¡El capitán! ¡El capitán!

MOOR. (Andando con lentitud.)—He dejado que los encierran, y no tienen otro recurso que pelear como desesperados. (Alto.) ¡Muchachos! ¡Veamos! Ó somos perdidos, ó hay que combatir como jabalíes heridos.

SCHWEIZER.—¡Hola! Quiero destrozales el vientre con mis colmillos, hasta que sus intestinos caigan sobre sus zapatos... ¡A ellos, mi capitán! Te seguiremos hasta las fauces de la muerte.

MOOR.—¡Cargad todas las armas! ¡No faltará la pólvora!

SCHWEIZER. (Saltando.)—Hay pólvora bastante para hacer saltar la tierra hasta la luna.

RAZMANN.—Cada uno tiene cinco pares de pistolas cargadas, y además tres carabinas.

MOOR.—¡Bien, bien! Ahora, parte de vosotros á subirse á los árboles, y á esconderse en las espesuras, y á romper el fuego emboscados...

SCHWEIZER.—¡Ese es tu sitio, Spiegelberg!

MOOR.—Los demás que los ataquen por los flancos como furias.

SCHWEIZER.—¡Yo seré de éstos, yo!

MOOR.—Que todos toquen sus silbatos en el bosque para que nos crean más numerosos; que se les suelten todos los perros, á fin de que los acosen, los separen y los desgarran, exponiéndolos á nuestros tiros. Nosotros tres, Roller, Schweizer y yo, peharemos juntos en lo más recio.

SCHWEIZER.—¡Magistral, magníficamente!... Los atacaremos como una tempestad, de suerte que no sepan de dónde viene el granizo que les azota. Antes de ahora, hace poco, escupí una cereza de la boca. ¡Corramos contra ellos!

(Schutterle hace una señal á Schweizer; éste habla aparte con el Capitán en voz baja.)

MOOR.—¡Silencio!

SCHWEIZER.—Te suplico...

MOOR.—¡Lejos de aquí! Que dé gracias á su infamia, porque lo ha salvado. No debe morir cuando mi Schweizer, mi Roller y yo vamos á perecer. Que se le quiten sus vestidos, y diré que es un caminante robado por nosotros... Tranquilízate, Schweizer, te juro que no obstante será ahorcado. (Entra un religioso.)

EL RELIGIOSO. (Aparte, sorprendido.)—¿Este es el nido del dragon? (Alto.) Señores, con vuestro permiso. Yo soy un servidor de la Iglesia, y ahí fuera hay setecientos hombres, que guardan hasta el último cabello de mi cabeza.

SCHWEIZER.—¡Bravo, bravo! bien dicho, para conservar abrigado el estómago.

MOOR.—¡Calla, camarada!... Hablad poco, reverendo padre; ¿qué venís á hacer aquí?

EL RELIGIOSO.—Enviame el poder supremo, que es árbitro de vida y muerte... ¡vosotros, ladrones... vosotros, asesinos é incendiarios... vosotros, malvados... mortal ponzoña que se desliza en la oscuridad y muerde á traición... hez de la humanidad... engendro del Averno... manjar predilecto de cuervos y alimañas... colonia para la horca y el tormento!...

SCHWEIZER.—¡Perro! deja de insultarnos, ó...

(Acercá á su rostro la culata de su carabina.)

MOOR.—¡Estáte quieto, Schweizer!... lo interrumpes en lo mejor... ¡ha aprendido tan bien su sermón!... ¡adelante, pues, reverendo! «para la horca y la rueda...»

EL RELIGIOSO.—Y tú, su capitán, duque de los escamoteadores de bolsas... rey de los vagabundos... gran Mogol de todos los bribones del orbe... igual en todo al primer cabeza de motin, horrible y temeroso, que precipitó en el fuego rebelde á millares de legiones de ángeles inocentes, arrastrándolos consigo al profundo abismo de la eterna condenación... los lamentos de las madres abandonadas persiguen tus pasos; bebes la sangre como el agua, y tu puñal asesino estima en menos la vida de los hombres que una burbuja de jabón...

MOOR.—¡Muy cierto, muy cierto! ¿Qué más?

EL RELIGIOSO.—¿Qué? ¿Muy cierto, muy cierto? ¿Es esa acaso la respuesta?

MOOR.—¿Cómo, señor? ¿No la esperabais? ¡Adelante, adelante! ¿Qué más teneis que decir?

EL RELIGIOSO. (Con fervor.)—¡Hombre horrible! ¡véte lejos de mí! ¿No están tus dedos manchados todavía con la sangre del Conde del Imperio, á quien asesinaste? ¿No has pro

fanado el santuario del Señor con tus manos sacrílegas, y robado con tus garras nefandas el vaso sagrado de la comunión? ¿Cómo? ¿No has lanzado teas incendiarias en nuestra ciudad, llena de temor de Dios, y volado el polvorín sobre las cabezas de buenos cristianos? (Juntando las manos.) ¡Horrendos, horrendos crímenes, que claman al cielo y armarán el brazo de la justicia divina el día del juicio para tu condenación, pidiendo el castigo y excitando el toque de la última trompeta que hemos de oír!

MOOR.—Hasta aquí, el sermón es de padre maestro; pero ¡al grano! ¿Qué os proponéis anunciarme en nombre de los venerables magistrados?

EL RELIGIOSO.—Lo que no merece recibir... Mira á tu alrededor, incendiario; cuanto abarca tu vista está cercado por nuestros soldados de á caballo... no hay escape posible... cerezas podrán brotar de estas encinas, y melocotones de estos pinabets con más facilidad que huir tú de unas y otros.

MOOR.—¿Oyes tú bien, Schweizer?... ¡Mas proseguid!

EL RELIGIOSO.—Escucha, pues, cuán bondadosa, cuán magnánima se muestra la justicia contigo, que eres un bandido: si tú, puesto en cruz ahora, pides perdón y gracia, mitigará aquella sus rigores y será para ti madre cariñosa... cerrará sus ojos respecto á la mitad de tus crímenes, y consentirá... ¡piénsalo bien!... que sólo mueras en la rueda.

SCHWEIZER.—¿Te has enterado, capitán? ¿No debo yo ahora apretar la garganta á este perro sin ley, hasta que sude sangre por todos sus poros?...

ROLLER.—¡Capitán!... ¡Tempestad, rayos é infierno!... ¡Capitán!... ¡cómo se muerde el labio inferior! ¡Pongo á este personaje como una quilla vuelta al revés, los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo?

SCHWEIZER.—¡Yo, yo! ¡De rodillas, postrado ante ti te lo

suplicaré! ¡Déjame gozar del placer de molerlo hasta que se convierta en caldo! (El Religioso grita.)

MOOR.—¡Dejadlo en paz! ¡Que nadie se atreva á tocarlo! (Al Religioso, sacando su espada.) ¡Mirad, reverendo padre! Hay aquí setenta y nueve hombres, cuyo capitán soy, y ninguno, ni con la voz de mando ni con otro signo, saben hacer evoluciones ni bailar al compás de los cañones, y fuera hay setecientos, que han envejecido bajo sus mosquetes... pero oíd. He aquí lo que dice Moor, el capitán de los incendiarios. Es cierto que he matado al Conde del Imperio, incendiado la iglesia de Santo Domingo, lanzado las teas incendiarias en vuestra fanática ciudad y hecho volar el polvorín sobre las cabezas de buenos cristianos... pero esto no es todo; he hecho más. (Extiende su mano derecha.) ¿Veis las cuatro preciosas sortijas, que ostento en cada dedo?... Observadlo bien y decid con puntualidad á los magistrados, que son los jueces de la vida y de la muerte, lo que habeis visto y oído... Este rubí fué arrancado por mí á un ministro, á quien derribé cazando á los pies de su señor. De la hez del pueblo se había elevado hasta el rango de su primer favorito á fuerza de adulaciones, y la ruina de su vecino fué el escabel de su fortuna... Las lágrimas de los huérfanos lo ensalzaron... Este diamante perteneció á un consejero de Hacienda, que vendía honores y destinos á quienes los pagaba mejor... y cerraba su puerta á los patriotas afligidos... Llevo esta ágata en recuerdo de un sacerdote de tu talla, al que ahogué con mis propias manos por haber deplorado en el púlpito la calda de la Inquisición... Otras historias podría también contaros de mis sortijas, si no estuviese ya arrepentido de las pocas palabras que he pronunciado en vuestra presencia.

EL RELIGIOSO.—¡Oh, Faraón, Faraón!

MOOR.—¡Oid bien lo que digo! ¿Habéis notado esos suspiros? ¿No estáis ahí como si quisierais llamar la ira

del cielo sobre la tropa de Coré, juzgarnos con un movimiento de hombros, y condenarnos con un cristiano ¡ay de mí?... ¿Es posible que sea tanta la ceguera del hombre? ¿Tiene cien ojos de Argos para descubrir las manchas de su hermano, y es ciego por completo para conocer las suyas? Con voz de trueno, desde su altura, hablan de amor y mansedumbre, y al Dios de la caridad ofrecen sacrificios humanos, como á Moloch de brazos de fuego; predicán el bien del prójimo, y rechazan de sus puertas á ciegos octogenarios; se indignan contra la avaricia, y despueblian el Perú por sus barras de oro, y uncen los paganos á sus carros como si fuesen bestias de tiro. Se devanan los sesos sobre la singularidad de que la naturaleza creara á un Judas Iscariote, y no el peor de ellos sería traidor á la Trinidad por diez monedas de plata. ¡Oh vosotros, fariseos, monederos falsos de la verdad, monos de la Divinidad! No teméis arrodillaros ante la cruz y los altares, desgarrar vuestras espaldas con disciplinas, y atormentar vuestras carnes con ayunos, y osáis con estas lamentables hipocresías envolver en negra humareda á quien llamáis omnisciente en vuestro delirio, no de otro modo que quienes se burlan amargamente de los potentados, cuando se les adula por odiar á los aduladores; habláis de honradez y de conducta ejemplar, y Dios, que lee en vuestros corazones, se indignaría contra el Creador, si éste no hubiera también creado á los monstruos del Nilo...

¡Quitadlo, pues, de mi presencia!

El RELIGIOSO. — ¡Que un criminal como éste sea además tan orgulloso!

Moor. — No basta lo dicho... Ahora me expresaré con soberbia. Véte, di á la implacable justicia que decide de la vida y de la muerte... yo no soy ningún ladrón, que conspira á la media noche cuando los demás duermen, y se enaltece trepando por escalas... Sin duda he de leer

cuanto he hecho en el registro penal del cielo; pero no quiero perder ni una sílaba con los que se creen sus deplorables representantes. Diles que mi misión es aplicar la ley de represalias... y la venganza mi profesión. (Le vuelve las espaldas.)

El RELIGIOSO. — ¿No quieres, pues, gracia y perdón?... Bien, acabé contigo. (Dirigese á los de la banda.) Oíd vosotros lo que la justicia os dice por mi conducto... Si entregáis atado á este criminal, condenado ya, tened entendido que os perdonarán hasta vuestras más ligeras faltas; la Santa Iglesia os abrirá de nuevo su seno como á ovejas extraviadas, y además se os facilitarán los medios para obtener cargos honoríficos. (Con sonrisa triunfante.) ¡Ea, ea! ¿Cómo os sienta esto, excelsa Majestad?... ¡Pronto, pues! ¡atadlo y sois libres!

Moor. — ¿Lo oís? ¿Lo oís? ¿Qué dudáis? ¿Qué hacéis ahí con la boca abierta? Os ofrecen la libertad, y sois realmente prisioneros... Os proponen vivir, y no se trata de vanas palabras, porque estáis sin duda condenados á muerte... Honores y destinos os aguardan, y aunque vencierais, vuestra suerte no podrá evitar la maldición, el opróbio y las persecuciones... Os convidan con la reconciliación del cielo, cuando vuestra perdición es segura. No hay en vuestra cabeza un solo cabello que no esté consagrado al infierno. ¡Reflexionad, pues! ¿Vaciláis todavía? ¡Tan difícil es elegir entre el cielo y el fuego eterno! ¡Ayudadme, pues, reverendo padre!

El RELIGIOSO. (Aparte.) — ¡Está loco este hombre?... (Alto.) ¿Creéis, por ventura, que os tiendo un lazo para atraparos vivos?... Leed, que aquí veis el indulto general que se os concede. (Da el papel á Schweizer.) ¿Dudaréis ahora?

Moor. — ¡Vedlo, vedlo! ¿Qué más podéis desear?... ¡Firmado por su propio puño... indulto general y sin nin-

guna excepción... ¿O teméis acaso que faltarán á su palabra, porque hayáis oído alguna vez que, con los traidores, no hay obligación de cumplir lo prometido?... ¡Oh! ¡No lo temáis! La política los obligaría á cumplirla, aunque la hubiesen dado al mismo Satanás. ¿Quién se fiaría de ellos en lo sucesivo? ¿Cómo emplearían después el mismo artificio?... Yo juraría que proceden lealmente. Saben que yo soy quien os ha arrastrado á la rebelión y os ha seducido; os tienen por inocentes, y vuestros crímenes son para ellos faltas juveniles, verdaderas ligerezas de carácter. Sólo me buscan, yo sólo merezco el castigo. ¿No es así, reverendo padre?

EL RELIGIOSO. — ¿Cómo se llama el diablo que habla por él?... Ciertamente, sin duda es así... Este hombre me llena de confusión.

Moor. — ¿Cómo? ¿Nada respondéis? ¡Imagináis escaparos peleando? ¡Mirad, mirad á vuestro alrededor!... Pensarlo así es un despropósito, es una pueril confianza... ¿Os lisonjeáis, por ventura, de sucumbir como héroes, porque sabéis que combatir es mi mayor alegría?... ¡Oh! ¡No lo penséis! ¡Vosotros no sois Moor! Vosotros sois salteadores criminales, instrumentos miserables de mis planes más vastos, como la cuerda lo es, y despreciable, en las manos del verdugo... Los salteadores no pueden sucumbir como los héroes. La vida es la sola ganancia del ladrón, y lo que viene después algo que espanta... Los ladrones tienen razón para temer la muerte... ¿Oís cómo suenan sus trompetas? ¿Veis cuán amenazadores brillan allí sus sables? ¿Cómo? ¿No os decidís? ¿Estáis locos? ¿Deliráis?... Esto es imperdonable. No os agradezco que me concedáis el vivir, sino que me avergüenzo de vuestro sacrificio!

EL RELIGIOSO. (Muy admirado.) — ¡Perderé la razón; huyo de aquí! ¿Se ha visto nunca nada parecido?

Moor. — ¿O teméis quizás que yo mismo me mate, y que con mi suicidio desaparezca la principal cláusula de ese convenio, que habla de entregarme vivo? No, hijos; ese temor es injustificado. Tiro lejos de mí mi puñal y mis pistolas, y este frasco con veneno, que tanto pudiera servirme... tan poco valgo ya, que he perdido todo poder contra mi vida... ¿No os resolvéis todavía? ¿O teméis acaso que yo acuda á las armas, si intentáis atarme? ¡Mirad! Mi brazo derecho queda sujeto á esta rama de encina; ya no tengo medio alguno de defensa, un niño puede vencerme... ¿Quién es el primero que abandonará á su capitán en el peligro?

ROLLER. (Con vivísima emoción.) — ¡Aunque nos cercara nueve veces el mismo infierno! (Esgrimiendo su espada.) Quien no sea un perro, que salve á su capitán.

SCHWEIZER. (Haciendo pedazos el indulto y tirándolos á la cara del Religioso.) ¡El indulto en nuestras balas! ¡Lejos de aquí, canalla! Di al Senado que te envía, que en toda la banda de Moor no hay un solo traidor... ¡Salvad, salvad al capitán!

Todos. (Gritando.) — ¡Salvad, salvad, salvad al capitán!

Moor. (Desatándose alegre.) — Ahora somos libres... ¡Compañeros, en mi brazo llevo un ejército!... ¡La muerte ó la libertad! Por lo menos no cogerán vivo á ninguno (Toque de ataque. Ruido y algazara. Vanse con la espada desenvainada.)